

sección **i**nternacional

Cumbre de los Siete en Tokio: en busca del tiempo perdido

En vísperas de suceder a Arthur Dunkel como director general del GATT, cargo que desempeñó durante trece años, el 30 de junio último Peter Sutherland, avezado funcionario irlandés, hizo una severa advertencia: el tiempo para concluir las negociaciones de la Ronda de Uruguay se agota y con él la oportunidad de disipar la amenaza de un caos de consecuencias imprevisibles en el comercio mundial. Una semana después, en la capital nipona se inició la XIX Cumbre del Grupo de los Siete (Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y el Reino Unido).

A diferencia de encuentros anteriores, en Tokio el cónclave anual de los líderes de las principales potencias económicas mundiales rindió frutos inmediatos. Pocas horas antes de la ceremonia inaugural, los representantes comerciales pactaron un acuerdo en principio para eliminar o reducir los aranceles correspondientes a mercancías de 18 grandes sectores industriales. Los reclamos de Sutherland en favor de medidas concretas para reanimar la Ronda de Uruguay, así, parecieron tener una respuesta positiva que despertó buenos augurios sobre el curso ulterior de la reunión cimera.

Frente a los magros resultados de otras cumbres del Grupo de los Siete, escenarios de grandilocuentes declaraciones y escasas soluciones, el anuncio del recor-

te arancelario "más significativo de la historia" se consideró un importante paso para recuperar el sentido original de las reuniones como foros de coordinación de las políticas macroeconómicas. Los encuentros, en efecto, se iniciaron en 1975 con el ánimo de que las potencias occidentales examinaran conjunta y periódicamente los problemas de la economía y el orden mundial más apremiantes. El grupo original —llamado de los Cinco— congregó a Estados Unidos, Francia, Japón, el Reino Unido y la República Federal de Alemania. En 1987 se incorporaron Canadá e Italia para constituir el actual Grupo de los Siete.

Los gobernantes asisten en compañía de sus ministros o secretarios de Economía, Comercio y Hacienda. También participan la Comisión Europea y la representación del país que preside el Consejo de Ministros de la Comunidad Europea.

Los primeros encuentros fueron más bien informales, sin demasiada publicidad. Más tarde se institucionalizaron, pero a menudo la discusión conjunta cedió su lugar a arreglos bilaterales y los resultados se limitaron a la presentación de comunicados conjuntos sin compromisos específicos.

Un ejemplo claro es la cumbre del año pasado en Munich, donde las expectativas iniciales de sumar voluntades para superar el estancamiento de las negocia-

ciones comerciales multilaterales o combatir graves desequilibrios macroeconómicos fueron sepultados por compromisos vagos y propósitos fallidos.¹

Camino hacia la cima

Desde luego, los empeños por revitalizar el papel del Grupo de los Siete no fueron repentinos. A fines de abril de 1993, en ocasión de la reunión en turno del FMI y el Banco Mundial, los ministros de Hacienda de las siete potencias lograron varios consensos importantes en torno de los problemas económicos nacionales e internacionales.² En las conversaciones predominó, por primera vez en mucho tiempo, un amplio espíritu de cooperación para establecer una estrategia común en pos de un crecimiento económico general "sostenido y no inflacionario". Sin omitir que las políticas nacionales reflejan ante todo las condiciones de cada país, los funcionarios subrayaron las convergencias posibles en el objetivo del crecimiento para crear empleos, alentar las inversiones, atender necesidades sociales y reducir desequilibrios comerciales e internos.

1. Adriana Márquez de la Mora M., "Cumbre de los Siete en Munich: rumbos distintos, misma orientación", *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 9, septiembre de 1992, pp. 873-879.

2. FMI, *Boletín*, vol. 22, núm. 10, Washington, 24 de mayo de 1993, pp. 149-150.

La estrategia colectiva comprendería en esencia la coordinación de "políticas macroeconómicas acertadas", diversas reformas estructurales (entre ellas la del mercado laboral), la consolidación de un sistema de comercio internacional abierto y el funcionamiento de mercados monetarios congruentes "con las variables económicas fundamentales". Tal enfoque entraña el ataque frontal de factores reactivos claves, como el déficit fiscal estadounidense, el superávit comercial japonés y la política antiinflacionaria alemana. Los ministros de Hacienda resaltaron los nuevos esfuerzos por mejorar las finanzas públicas, el ahorro y la inversión en Estados Unidos, al igual que los planes gubernamentales para estimular la demanda en Japón y la incipiente baja de las tasas de interés en Alemania.

Además de la urgencia de un crecimiento económico más sólido, sobre todo por la creciente presión del desempleo que padecen unos 23 millones de personas en los países del Grupo de los Siete, las convergencias acerca de las acciones básicas necesarias evidenciaron el reconocimiento de que ninguna economía es capaz de servir de "locomotora" de las otras y, menos aún, de cumplir el papel de motor económico del orbe. Este "déficit de liderazgo" refleja, en opinión de algunos estudiosos, las nuevas estructuras del poder mundial que surgen tanto de la integración de bloques regionales y la globalización de los procesos productivos cuanto del entrelazamiento de los problemas nacionales y los intereses internacionales.

Los vaticinios de una mejoría notoria durante 1993 en el desempeño de la economía internacional resultaron demasiado optimistas. Aun cuando se prevé que el PIB mundial crecerá 2.2%, frente a 1.8% en 1992 y 0.6% en 1991, los especialistas consideran que la restauración del dinamismo se mantiene como el objetivo más importante de la economía mundial.³

La debilidad del crecimiento económico de Japón y la Comunidad Europea contrasta con los indicios de recuperación de Estados Unidos y Canadá. También subsisten grandes incertidumbres sobre las perspectivas de los otrora países socialistas, cuya transición hacia la economía de

mercado ha entrañado enormes costos sociales, mientras se acentúan las disparidades en la evolución económica de las naciones en desarrollo.

Los pasos de los tres grandes

Según las cuentas del FMI, los países del Grupo de los Siete registraron en conjunto un crecimiento económico de 1.6% en 1991 y se calcula que alcanzarán uno de 1.9% durante 1993.⁴ Como trasfondo de esta leve mejoría, sin embargo, subyacen la evolución heterogénea de las potencias industriales y las dificultades para cosechar los dividendos de la paz en la posguerra fría.

En el campo del comercio, ante el empañamiento de las negociaciones multilaterales, se redoblaron las acciones para ordenar el intercambio mediante decisiones unilaterales, arreglos bilaterales y el funcionamiento de bloques regionales. Estos acontecimientos pusieron de relieve la necesidad de un compromiso más eficaz con un sistema reglamentado de comercio multilateral.⁵

Estados Unidos. Hacia 1990 la primera potencia del orbe ingresó en una fase de estancamiento. Durante el segundo semestre de 1992, sin embargo, la economía estadounidense mostró cierta recuperación. La lentitud de ésta se debió en gran medida a la debilidad de la demanda por factores como el endeudamiento de los consumidores durante los últimos años de los ochenta, el aumento del desempleo y la pérdida parcial de competitividad de las exportaciones. La baja de las tasas de interés en el bienio 1991-1992 contribuyó a reanimar la demanda interna, en tanto que la depreciación del dólar y el repunte de las importaciones en América Latina permitieron un aumento de las exportaciones pese a la intensificación de la competencia internacional y el debilitamiento de las economías europeas y japonesa.

No obstante, en 1992 Estados Unidos tuvo un déficit comercial superior a 96 000 millones de dólares (de los cuales alrededor de 44 000 millones provenientes del inter-

cambio con Japón).⁶ Como secuela, el déficit corriente estadounidense ascendió a cerca de 63 000 millones de dólares.

Muchas empresas importantes de Estados Unidos se han reestructurado para recuperar competitividad y revisado sus estrategias comerciales. Para disminuir los costos, varias compañías decidieron reducir el personal y cerrar las plantas más antiguas. Tanto en la industria manufacturera como en el sector de los servicios se intensificó la preocupación por la productividad, de suerte que en 1992 este indicador mostró un aumento significativo que si persiste permitiría que "en Estados Unidos aumente la posible tasa de crecimiento a largo plazo y, por tanto, que en el futuro las condiciones de vida mejoren más rápidamente".⁷ Varios problemas claves ensombrecen, sin embargo, el panorama de la recuperación económica estadounidense. Además del empeoramiento de las cuentas externas, en la lista figuran el déficit fiscal (más de 340 000 millones de dólares en el año fiscal de 1993), la magnitud del desempleo (7.2% de la PEA en 1992), las dificultades del sistema financiero (sobre todo en la actividad bancaria) y los rezagos en materia de inversión.

Con la reciente aprobación del programa económico gubernamental por el Congreso, se abrió paso definitivo a una nueva estrategia para reducir el déficit fiscal en 496 000 millones de dólares, durante un plazo de cinco años, con base en el recorte gradual del gasto (particularmente en defensa) y el incremento de la recaudación tributaria. En el corto plazo, para alentar la demanda y aliviar rezagos anteriores, se prevé destinar 30 000 millones de dólares a infraestructura y capacitación laboral. La idea subyacente es recobrar la competitividad internacional, al tiempo que se abate el déficit presupuestario (con medidas como la reforma del sistema de salud) y se ejecuta una política comercial más agresiva para abrir mercados a las exportaciones de Estados Unidos.⁸

6. El superávit comercial de Japón con otros socios importantes aumentó también en 1992, pues alcanzó un monto sin precedentes en relación con la Comunidad Europea (31 000 millones de dólares) y el resto de Asia (42 000 millones).

7. Naciones Unidas, *op. cit.*, p. 17.

8. CEPAL, *Situación y perspectivas de las economías industrializadas, 1992-1993*, México, febrero de 1993, pp. 16-17.

3. Naciones Unidas, *Estudio económico mundial 1993. Tendencias y políticas actuales en la economía mundial*, Nueva York, 1993, p. 10.

4. Fondo Monetario Internacional, *Perspectivas de la economía mundial*, Washington, mayo de 1993, pp. 10-14.

5. Naciones Unidas, *op. cit.*, p. 11.

Japón. Después de un largo período de bonanza, desde fines de 1991 la economía nipona empezó a perder dinamismo y en 1992 registró un modesto crecimiento de 1.3% (el menor en 18 años); según las previsiones más recientes, dicha tasa será de apenas 1.2% en 1993. La principal causa de la desaceleración es el debilitamiento de la demanda interna, sobre todo la inversión privada, a lo cual se sumaron las dificultades del sector financiero por los tropiezos de la actividad bursátil y la desvalorización del mercado inmobiliario, que dejaron a muchas instituciones con un elevado endeudamiento.

La producción industrial resintió con rigor la decadencia de la prosperidad económica, al igual que una de las características tradicionales del país del sol naciente: la estabilidad en el empleo. La oferta de mano de obra, escasa en otros tiempos, sobrepasó cada vez más a la demanda. Numerosas empresas comenzaron a reconsiderar los contratos laborales vitales, restringir las contrataciones y recortar la jornada de trabajo.

Al afectar los ingresos salariales, así como los patrones de consumo, las nuevas circunstancias del empleo acentuaron el deterioro de la demanda interna. Para contrarrestarlo, durante el segundo semestre de 1992 el gobierno decidió relajar un poco las políticas monetarias restrictivas (en especial con la rebaja de las tasas de interés), apoyar más al sector financiero (incluso por vía de la compra de valores) y poner en marcha un ambicioso programa de inversiones públicas e incentivos fiscales por un monto equivalente a 2% del PIB.

Con base en la fortaleza de las finanzas públicas, situación excepcional entre las potencias económicas, en abril último se anunció otro paquete de medidas fiscales para estimular la demanda y atenuar la caída del crecimiento.⁹ A esto último contribuyó el aumento de las exportaciones, cuyo monto ascendió a 331 000 millones de dólares en 1992 y se estima en 355 000 millones en 1993. En términos de volumen, sin embargo, las ventas externas niponas apenas aumentaron ante el debilitamiento de mercados importantes (como los europeos), la revaluación de yen y el in-

cremento de la competencia internacional. No obstante, se anticipa que en este año el superávit comercial japonés se elevará a cerca de 155 000 millones de dólares, 12% más que el año anterior, por causa del magro incremento de las importaciones y la evolución favorable de la relación de precios del intercambio externo. Ante ello, pese a los consensos ministeriales previos, unos días antes de la reunión del Grupo de los Siete en Tokio se acentuaron los reclamos en contra del superávit comercial de la potencia asiática y surgió una propuesta estadounidense para limitarlo con base en metas cuantitativas.

Alemania. Hacia mediados de 1992 la economía germana sufrió un franco estancamiento que podría ser, en opinión de la OCDE, el más profundo en la posguerra.¹⁰ Aun cuando el PIB creció 2% en ese año, merced al auge temporal por las políticas expansivas que acompañaron a la absorción de la antigua República Democrática Alemana, se anticipa que descenderá 1.9% durante 1993. Entre los factores principales del retroceso económico sobresalen el debilitamiento de las exportaciones (en particular las de bienes de capital), el aumento de los costos salariales y las políticas monetarias restrictivas, cuyos objetivos prioritarios han sido contener las presiones inflacionarias y reducir el déficit corriente (unos 29 000 millones de dólares en 1993).

El alto costo de la reunificación y el creciente peso del desempleo sobre el sistema social, acrecentaron el déficit fiscal que se calcula en 4.1% del PIB en 1993 (por encima del coeficiente de 3.9% previsto en Estados Unidos). Los grandes programas de reconstrucción en los territorios orientales han impedido una baja más abrupta en el ritmo de actividad económica, pero se considera que el impulso gubernamental básico para la reactivación debe provenir de una política monetaria menos estricta, con reducciones considerables en las tasas de interés (9.5% anual en 1992, casi el doble que el índice de la inflación). La necesidad de alentar el crecimiento ante el galopante aumento del desempleo, los logros anti-inflacionarios y las presiones de otras potencias propiciaron una baja gradual en las tasas de interés, cuyo nivel descendió a 7.5% en mayo último. En vísperas de la Cumbre de Tokio, incluso, el Bundesbank anunció un recorte de medio punto.

10. *Ibid.*, p. 67.

Más allá de los propósitos de las autoridades monetarias alemanas, en el comportamiento de las tasas de interés han influido varios factores que dificultan cualquier rebaja. A pesar del alto costo del dinero, la demanda de crédito ha sido enorme (incluso por parte del propio gobierno). Al mismo tiempo, la base monetaria se amplió mucho más que lo deseado en razón de los cuantiosos flujos de capitales provenientes de los desajustes en el funcionamiento del Sistema Monetario Europeo. Aunque otros países del continente debieron mantener tasas de interés mayores que las de Alemania, tanto para conservar la paridad de sus monedas frente al marco cuanto para evitar la salida de capitales, numerosos inversionistas optaron por la firmeza cambiaria del mercado teutón. Como contrapartida, tal situación mermó la demanda de las exportaciones de mercancías alemanas que descenderán de 405 600 millones de dólares en 1992 a un monto estimado de 386 000 millones en 1993.

El vacilante desempeño económico de Alemania influyó de manera considerable en el de otros países de la Comunidad Europea, especialmente los que permanecieron en el Mecanismo de Ajuste de Cambios. En 1992 la economía de *Francia* creció 1.3%, un poco más que en el año anterior, pero se estima que durante 1993 sufrirá un retroceso de 0.7%. El nuevo gobierno, en funciones desde marzo último, orientó gran parte de sus esfuerzos iniciales a reducir el déficit fiscal y buscar una reducción de las tasas de interés que reanime a las actividades productivas (sobre todo ante el incesante aumento del desempleo).

La economía de *Italia* siguió una trayectoria similar, pues el débil crecimiento (0.9%) del PIB en 1992 se transformó en una declinación de 0.2% durante 1993. Tanto el retiro de la lira del Mecanismo de Ajuste de Cambios como el abandono de la indexación salarial favorecieron la competitividad de las exportaciones. Sin embargo, ello no se reflejó de manera destacada en la balanza comercial por el deterioro en los términos del intercambio. La inestabilidad política figura también entre los factores de desaliento de la demanda interna en Italia, a lo cual se agregan la austeridad fiscal y la persistencia del segundo mayor índice de desempleo (11.% de la PEA) entre las naciones del Grupo de los Siete.

9. Organisation for Economic Cooperation and Development, *Economic Outlook*, núm. 56, París, junio de 1993, pp. 64-66.

L

os resultados de la Cumbre de Tokio despertaron un cauteloso optimismo general acerca de sus repercusiones reales en el curso de la economía mundial, las negociaciones de la Ronda de Uruguay y los problemas políticos internacionales más acuciantes. Una opinión representativa fue la del presidente Clinton, quien se declaró satisfecho por el cumplimiento de los propósitos básicos del encuentro, pero consideró que las naciones del Grupo de los Siete "deben ir más lejos todavía para restaurar plenamente el crecimiento económico mundial"

Desde mediados de 1992 la economía del Reino Unido empezó a salir lentamente de la recesión más larga en la posguerra, de manera que se prevé un modesto pero significativo crecimiento del PIB de 1.8% en 1993. A ello contribuyeron la baja de los tipos de interés internos, luego de la salida británica del Mecanismo de Ajuste de Cambios en septiembre del año pasado, y el aumento del volumen de las exportaciones asociado a la devaluación de la libra esterlina. Las perspectivas de recuperación general, sin embargo, no son tan firmes por la presencia de problemas como la magnitud del desempleo (10.7% de la PEA en 1993) y el creciente déficit presupuestario que pasaría de 6.7% del PIB en 1992 a un coeficiente estimado de 8.3% durante el presente año.

A su vez, la economía de Canadá registró en 1992 un modesto crecimiento de 0.9% tras dos años de retroceso. Con el aliento de la recuperación estadounidense, se prevé que el PIB del país boreal aumente 3.1% durante 1993 y que el valor de las

exportaciones ascienda a unos 143 000 millones de dólares (7.3% más que en 1992). La reactivación de las actividades productivas, en particular las industriales, permitió frenar el avance del desempleo, pero Canadá cuenta ahora con la mayor tasa respectiva en el Grupo de los Siete (11.% de la PEA). Otros signos más favorables acerca del futuro inmediato de la economía canadiense han sido el repunte de la inversión privada, el descenso del déficit público y la baja de las tasas de interés, aunque el curso de la economía estadounidense se mantiene como factor clave.

Los rumbos del encuentro

El Palacio de Akasaka, antigua residencia del príncipe heredero del Imperio del Sol Naciente, fue sobrio escenario del encuentro en Tokio de los gobernantes de las potencias económicas. Con la sombra de una curiosa coincidencia de flaquezas políticas personales, el 7 de julio se reu-

nieron el primer ministro japonés, Kiichi Miyazawa; la primera ministra canadiense, Kim Campbell; el primer ministro italiano, Carlos Azaglio Ciampi; el presidente francés, François Mitterrand; el primer ministro británico, John Major; el canciller alemán, Helmut Kohl, y el presidente estadounidense, William Clinton.

Después de una breve ceremonia de bienvenida, muestra del ambiente de sencillez en que se buscó envolver la cumbre, los siete estadistas y sus ministros acompañantes iniciaron por separado los trabajos con los objetivos centrales de concertar políticas precisas para impulsar el crecimiento económico mundial; aportar el "capital político" necesario para concluir la Ronda de Uruguay durante 1993; combatir las deficiencias estructurales que entorpecen el avance de la economía, y cooperar para el éxito de las reformas emprendidas en Rusia. La agenda incluyó también el examen de los problemas fundamentales de las naciones en desarrollo, así como el de los aspectos ecológi-

cos mundiales. En materia política se enlizaron como temas de análisis los conflictos regionales en la anterior Yugoslavia, Somalia y el Medio Oriente, el proceso de paz en Camboya, el funcionamiento de la ONU, la integración del Consejo de Seguridad y los progresos del desarme nuclear.

Lo más sobresaliente de la primera jornada fue, sin duda, el anuncio del acuerdo inicial previo de Estados Unidos, Japón, Canadá y la Comunidad Europea para reducir los aranceles y eliminar las barreras no arancelarias en el intercambio de productos farmacéuticos, maquinaria agrícola, equipo para la construcción, artículos médicos, acero, cerveza, muebles y licores. También se pactó una rebaja de 50% en los gravámenes para el comercio de cerámica, vidrio, textiles y ropa; otra de 33%, en promedio, para los envíos de madera, papel, metales no ferrosos, tecnología científica y productos electrónicos (incluidos los semiconductores), y el establecimiento de un sistema arancelario uniforme para productos del sector químico. El convenio, por confirmar en el foro del GATT, se consideró como un paso de suma importancia para reanimar y concluir la Ronda de Uruguay antes del 15 de diciembre venidero (cuando caduca la facultad del presidente Clinton para negociar por la vía rápida). Según algunos especialistas, el desenlace exitoso de las negociaciones multilaterales entrañaría un incremento anual de unos 200 000 millones de dólares en el valor del comercio mundial.

A diferencia de los farragosos documentos usuales, la declaración económica final condensó en 15 puntos los resultados y concepciones de la XIX Cumbre del Grupo de los Siete sobre la economía mundial, el comercio, el ambiente, los antiguos países socialistas en transición hacia economías de mercado, la situación de las naciones en desarrollo y los mecanismos de próximas reuniones cimeras.

Por principio de cuentas se reiteró el compromiso colectivo en favor del crecimiento económico mundial, la generación de empleos, el éxito de la Ronda de Uruguay, la integración de los países exsocialistas en la economía internacional, el progreso de las naciones en desarrollo y la conciliación de los objetivos económicos con el cuidado del ambiente. Tras reconocer el desempeño "insuficiente" de sus propias economías, las siete potencias consideraron que el impulso del crecimiento y el

combate del agobiante desempleo en ellas requieren una estrategia doble: políticas macroeconómicas prudentes para promover una expansión económica sostenida no inflacionaria y reformas estructurales para mejorar la eficiencia de los mercados, en particular los laborales. Las primeras implican que Japón adopte "medidas fiscales y monetarias para impulsar la demanda interna" que "ayudarían a reducir los desequilibrios externos", Alemania disminuya las tasas de interés, y Estados Unidos abata el déficit fiscal en el mediano plazo y acreciente los niveles de ahorro e inversión.

Con respecto a las reformas para eliminar los obstáculos estructurales para el crecimiento, se identificaron ocho áreas básicas de acción común: *i)* la promoción de una mayor eficiencia en los mercados laborales; *ii)* el mejoramiento del sistema de educación y entrenamiento; *iii)* el aliento del ahorro y la inversión; *iv)* el fortalecimiento del sistema de comercio multilateral y la reducción de subsidios; *v)* la evaluación de los efectos económicos del envejecimiento de la población; *vi)* el control de los gastos de los sistemas de salud; *vii)* la desregulación de los mercados financieros sin afectar la estabilidad, y *viii)* el desarrollo de la cooperación internacional en defensa del ambiente. Tales acciones entrañan, además, esfuerzos permanentes para mejorar tanto la calidad de los presupuestos cuanto la eficacia del sector público.

Acerca de la evolución de los países en desarrollo, el Grupo de los Siete reconoció que muchos de ellos se enfrentan todavía con severos problemas económicos y sociales, sobre todo en África, a pesar de los "motivantes cambios" en las estrategias de crecimiento. Al considerar que el avance de esas naciones, la cooperación con ellas y el enfrentamiento de los principales desafíos mundiales "son esenciales para la paz y la prosperidad del planeta", las potencias convinieron en fortalecer el apoyo a los esfuerzos de "autoayuda" con base en "los principios de buen gobierno" y las "políticas económicas abiertas y sanas".

Como ocurrió en la cumbre anterior en Munich, tan pronto concluyeron los trabajos formales del encuentro se apersonó en el Palacio de Akasaka el presidente de Rusia, Boris Yeltsin, esta vez "en busca de cooperación y no de ayuda". Desde el

punto de vista del otrora líder comunista soviético, la cooperación deseada debe comprender financiamiento para facilitar la intrincada transición rusa hacia una economía de mercado, el fin de las restricciones comerciales impuestas durante la guerra fría (incluido el embargo de la venta de tecnología) y el apoyo para el ingreso del país al GATT. No hubo respuestas inmediatas claras para los requerimientos en materia comercial, pero se anunció una asistencia financiera de 3 000 millones de dólares para establecer un fondo multilateral en apoyo del proceso privatizador en Rusia.

Ecós de la cumbre

Los resultados de la Cumbre de Tokio despertaron un cauteloso optimismo general acerca de sus repercusiones reales en el curso de la economía mundial, las negociaciones de la Ronda de Uruguay y los problemas políticos internacionales más acuciantes. Una opinión representativa fue la del presidente Clinton que se declaró satisfecho por el cumplimiento de los propósitos básicos del encuentro, pero consideró también que las naciones del Grupo de los Siete "deben ir más lejos todavía para restaurar plenamente el crecimiento económico mundial". No faltaron las opiniones más escépticas que restaron importancia a los consensos obtenidos por considerarlos, en el mejor de los casos, un buen pero tardío punto de partida para las negociaciones de los puntos más espinosos de la Ronda de Uruguay.

Otras voces críticas resaltaron el espacio marginal que los asuntos ambientales y las necesidades de los países en desarrollo ocuparon en el encuentro. Según la organización Greenpeace, en la reunión cimera se sepultó el espíritu de la Cumbre de la Tierra de 1992 al "privilegiar el crecimiento económico a corto plazo sobre el desarrollo sostenible del futuro". Tampoco tuvieron eco los numerosos llamados para prestar más atención a las necesidades de las naciones en desarrollo. Salvo algunas promesas vagas de cooperación, la Cumbre de Tokio no sembró ninguna esperanza de apoyo importante para los países donde vive 77% de la población mundial.

Rafael González Rubí